



bogear.blogspot.com

# Bogear



www.minimundos.com



Historia e ilustraciones: Tania Navas





El final del verano había llegado a Kamatsu y cientos de bandadas de pájaros se lanzaban hacia el sur en busca de tierras más cálidas. Los bosques se estremecían bajo el aliento de la brisa otoñal, cubriendo los valles con sus hojas multicolor. La humedad de las cascadas y riachuelos se evaporaba hacia un cielo tan límpido y fresco que escocía. En mitad de aquel paisaje en transformación constante, la fortaleza de Sazuku se levantaba orgullosa y desafiante sobre la falda del monte Onin. En lo alto de la cima se había construido el santuario de Gyan, famoso por el manantial sagrado que custodiaba en su interior. Aquel año los espíritus de los campos habían bendecido a sus habitantes con una cosecha buena y abundante, un hecho que, sumado a los últimos acontecimientos, habían dotado de cierta expectación a toda la región.

La Gran Tavanna había entrado a formar parte del séquito real, causando un gran revuelo en las pacíficas vidas de los habitantes del castillo. Como esposa del Gran Vashna, Shua Lin utilizaba sus privilegios para andar a su libre albedrío, situación que sacaba de quicio a los altos cargos del gobierno -incluido el propio Gran Vashna- y servía de perfecto entretenimiento a los cortesanos, que veían en aquella exótica jovencita de piel oscura y ojos cristalinos, la perfecta antítesis al joven Tokuhiro.

El padre de Shua Lin, Kalhalan de los Hursili, había tomado posesión del trono de Purkstan cuando las fuerzas invasoras del oeste derrocaron a su antecesor por insubordinación al imperio orabiano. La amplia red de rutas comerciales que lo atravesaban convertía a Purkstan en un centro de importante valor estratégico y se servía de ello para ejercer una política de neutralidad. En contra de los rumores que le tachaban de belicoso e insaciable, lo cierto era que Kalhalan poseía una habilidad especial para la intriga y los negocios. Esto le había permitido mantener a su pueblo al margen de la guerra que enfrentaba los reinos de Kamatsu y Orabia, mediante colaboraciones militares al primero y cesiones de territorios al segundo respectivamente.

Hasta ahora.

A lo largo del último año, Kamatsu había planeado enfrentarse al Imperio de Orabia y exigía a sus reinos vecinos que se unieran a su legítima causa. Por el momento Arash, las cálidas y ricas tierras al sudeste de Kamatsu, se resistía a participar arguyendo el infranqueable desierto que protegía, desde tiempos muy lejanos, sus fronteras del emperador invasor.

En cambio Purkstan estaba atado de manos y pies. La capital purkstaniana, Dhom Goro, se encontraba muy próxima a la frontera de Kamatsu y atravesaba la peor hambruna de su historia. Las sequías de los últimos años habían sacudido el corazón del pueblo purkstaniano, hasta el punto de hacerlo huir hacia Sazuku, debilitando el uso de rutas y reduciendo el intercambio de mercancías, su principal fuente de ingresos. Para complicar aún más la situación, dos de los cuatro hijos de Kalhalan ocupaban cargos importantes en el ejército de Kamatsu y cualquier indicio de insubordinación los sentenciaría a muerte por traición.

Ante un panorama tan sombrío, Kalhalan no tuvo elección y presionado por su pueblo aceptó luchar junto a Purkstan. Y para firmar su alianza en contra del invasor del

oeste, concedió la mano de su única hija al entonces príncipe heredero, quien acababa de ser nombrado Gran Vashna, tras la reciente muerte de su padre a principios de primavera.

Lo que en principio suponía una excelente oportunidad para asegurar una descendencia ligada a sendos tronos reales, fue una injusta imposición para Shua Lin. Tenía veintidós años y absolutamente ningún interés en desperdiciar los próximos en un aburrido matrimonio de conveniencia, encerrada tras los muros de un castillo. Desde una edad muy temprana ya mostraba una curiosidad innata y una profunda vocación por las artes curativas. En la consulta improvisada de los establos, practicaba con los animales heridos que recogía de los alrededores hasta que alcanzó edad suficiente para atender a sus primeros pacientes bajo la secreta supervisión del médico real. Más adelante comenzó a visitar los pueblos de los valles colindantes vestida de aldeana, poniendo en práctica sus conocimientos o ampliándolos bajo la supervisión de curanderos locales. Ninguno de sus pacientes sospechó jamás que había sido tratado por manos reales.

Sus hermanos, conocedores de sus múltiples escapadas y sabiendo que sería capaz de vivir por su cuenta y riesgo sin ningún problema, acordaron escoltarla al castillo de Sazuku para evitar que huyera antes de los esponsales. Comprendiendo que aquella era la mejor –si no la única– manera de ayudar a su pueblo, la joven asumió su responsabilidad en aquel conflicto y se sometió a la voluntad de su padre, mientras veía naufragar sus sueños de convertirse en una curandera.

De camino a la fortaleza de Sazuku, les franqueó el cortejo nupcial donde la forzaron a cambiar su dorada carroza ornamentada, por un sobrio palanquín de madera noble. A la cabeza del séquito, el Gran Vashna ni siquiera bajó del caballo para saludarles. Se limitó a marcar un paso ligero, con prisa, dando la sensación de tener cosas más importantes que hacer antes que hacerle agradable el camino a su futura consorte. Si bien le llegaban las maldiciones que Shua Lin le transmitía a su sirvienta, molesta por su trato desconsiderado, fingió no haberlas oído.

Tras una fría ceremonia que parecía no tener fin, el enlace se festejó con banquetes que duraron varios días. Los suficientes para que la joven agonizara de tedio esperando la consumación del matrimonio en su nuevo dormitorio. El miedo a la primera noche dio paso a una furia salvaje y cuando Tokuhiro apareció al tercer día, casi inconsciente por el estado de embriaguez que lo acompañaba, tuvo el impulso de golpearlo hasta destrozarse todos los huesos de su cuerpo. En cambio avisó al servicio para que lo desvistieran y acostaran en la cama nupcial antes de que cayera profundamente dormido.

Le seguirían una serie de largas noches de insomnio, durante las cuales Shua Lin aguardaba inquieta bajo las sábanas, ante la remota posibilidad de que el Gran Vashna irrumpiera en su alcoba dispuesto a reclamar sus deberes maritales. Algo que sólo ocurría en sus pensamientos, pues Tokuhiro había dejado clara su preferencia por su propia cama, en la habitación contigua. Con el tiempo, el alivio que suponía su falta de libido se tornó en un trago amargo cuando la joven descubrió el secreto que se ocultaba detrás de su comportamiento inusual. No sólo su esposo estaba ciegamente enamorado de su hermana, desaparecida hacía unos años, sino que además tenía el descaro de mantener viva la esperanza de su regreso.

Quiso indagar acerca de los detalles de aquella relación incestuosa, pero en el castillo nadie se atrevió a satisfacer su curiosidad; sorprendentemente aquél era un tema tabú. Al igual que era tabú hablar de la extraña enfermedad de Tokuhiro. Estaba completamente prohibido por decreto real. Algunas veces y sin un motivo claro, el Gran Vashna debía ausentarse porque perdía los estribos y no era dueño de sus actos. Todo el mundo, incluido el propio médico, tenían la creencia de que era poseído por un espíritu hostil –Sazuku era un pueblo terriblemente supersticioso– pero ninguno de ellos se atrevía a sugerir un exorcismo. En vida su padre jamás lo mencionó, como si el mero hecho de ignorar el problema lo hiciera desaparecer. Aquello agravó la situación significativamente

hasta el punto de convertirse en un tormento para Tokuhiko. Especialmente desde que Maru ya no estaba a su lado. Fugándose con su hermana en el pasado, había desafiado a su padre, y por aquel entonces la única manera de recuperar su confianza y restablecer su posición como príncipe heredero, era manteniendo sosegado a su demonio interior.

Pero no siempre lo conseguía.

Como le sucedió aquella mañana durante el almuerzo. Cuando de mutuo acuerdo todos a su alrededor fijaron la vista sobre él. Su rostro parecía un papel desenrollado en cuya palidez se trazaba claramente los caracteres de “Cobarde”.

Él, que lo había sacrificado todo para poder llegar ahí, la idea de tener el mundo en su contra le desbordaba. La ira y la culpa envenenaban sus pensamientos en tanto la corte entera era testigo muda de su crimen. Escuchaba sus risas burlonas, lo señalaban como si fuera un apestado. Aquél que había amado a su hermana, más allá de lo políticamente correcto. Aquél que había sucumbido bajo fuerzas siniestras. Tan sólo era un hombre débil que no merecía preservar el legado de los Vashna.

Cuando Shua Lin le tomó del brazo en mitad de su ataque, se revolvió como un tornado con un ansia atroz de arrasarlos a todos. Incluso aquella niña engreída y prepotente creía saberlo todo sobre él. Sus carcajadas se escuchaban por encima del resto.

- ¡Dejadnos!

La joven tuvo que repetir la orden varias veces hasta que todo el mundo salió del comedor. Por sus expresiones era evidente que no era la primera vez que presenciaban una escena así. En un instante el suelo se cubrió de restos de comida y fragmentos de fina porcelana. Tokuhiko gateaba sobre ellos con ojos desorbitados y respiración entrecortada. Se agachó para ayudarlo a incorporarse pero él la lanzó lejos de sí. Shua Lin echó una ojeada rápida y tomando una de las telas bordadas que separaban los grupos de mesas, corrió de nuevo hacia él y lo inmovilizó rodeándolo y empujándolo hacia un rincón. Pese a no ser muy alta, Shua Lin sabía cómo utilizar la fuerza del contrario para neutralizarlo. Era otra de las ventajas de haber vivido una infancia rodeada de varones.

Al principio se debatió como un animal salvaje pero ella no bajó la presión de su cuerpo hasta que su ataque de pánico se apaciguó por completo. Avergonzado y exhausto dejó caer la cabeza hacia un lado. Shua Lin bajó de sus piernas y lo examinó de arriba abajo para comprobar sus cortes. Cuando le tomó de las mejillas para comprobar sus pupilas, él apartó sus cálidas palmas de un manotazo.

- Ahora no os hagáis el hombrecito.- replicó obligándole a mirarla.

- Qué tengo que hacer para me dejes en paz.- susurró con frialdad.

- Miraos, qué lástima de ropas. Necesitáis un baño caliente. Mandaré que os lo preparen.

- ¡Basta!

Tokuhiko se tambaleó antes de ponerse en pie. Pateó furioso las telas arremolinadas en sus piernas. Había recobrado la cordura y con ella su mal humor habitual. Su esposa lo enfrentó con sus enormes ojos azules rodeados de espesas pestañas.

- Para ser un rey sois bastante maleducado. Un “gracias” habría sido suficiente. Pero supongo que alguien que sólo sabe compadecerse de sí mismo es incapaz de ver más allá.

Y a continuación le dio la espalda y salió airada sacudiendo sus voluminosas ropas echadas a perder a causa del estropicio.

Al cabo de unos minutos, uno de los sirvientes le informó de que su baño ya estaba listo.

“Maldita entrometida, maldita sea cien veces”, protestó para sus adentros.

Unas semanas más tarde se enteró de que Shua Lin había realizado una visita al serrallo para aumentar su séquito de doncellas a cinco, el número mínimo tal y como se establecía en Sazuku. Aquella ley ancestral no era más que un artificio redactado por los propios ministros para beneficiar a sus familias y mantener a la Gran Tavanna bajo

vigilancia constante. Shua Lin accedió a regañadientes. Pero en vez de hacer una rápida selección y retirarse a sus aposentos, como habría sido lo esperado, se concedió un paseo por los jardines en compañía del príncipe Kiba.

Tokuhiro apenas alzó la vista de su papel de seda cuando escuchó aquello. Los escasos ratos libres que disponía solía dedicarlos a la caligrafía, pero por más que lo intentaba, jamás lograba la misma perfección de trazos y síntesis que su hermana. Sin embargo la repetición de aquel ejercicio le ayudaba a mantener vivo su recuerdo.

La voz del consejero de asuntos nobiliarios le arrancó de su ensoñación.

- El príncipe Kiba acaba de cumplir nueve años, su Alteza. Las caminatas de la Gran Tavanna junto al pequeño príncipe podrían malinterpretarse.

Nueve años, repitió para sus adentros. Era la primera vez que pensaba en él como su hermanastro. Sus consejeros le habían inculcado el hábito de considerarlo una amenaza. Idea que también había defendido su madre, condenada al retiro a causa de su ambición y sed de poder. Aún en la sombra y desprovista de casi todos sus privilegios como Gran Tavanna, Shoujodajama seguía ofreciendo una imagen amenazante. Durante algún tiempo se le atribuyó la muerte de Lahmia, madre de Kiba y concubina favorita. Y aunque jamás se hallaron pruebas fehacientes que así lo demostraran, para Tokuhiro no cabía duda alguna de que la principal instigadora había sido su madre. Lo supo cuando en su última visita, Shoujodajama le propuso sin rodeos eliminar a Kiba de la línea sucesoria.

Aquella era una de las razones por las que Tokuhiro se resistía a concederle el indulto tras la muerte de su padre. Sabía que su rara enfermedad le había puesto en una situación arriesgada y que había perdido la confianza de algunos de sus hombres. Incluso sospechaba de la existencia de algunas facciones de su gobierno que estarían dispuestas a encabezar un golpe de estado y designar a Kiba como el nuevo Gran Washna, aunque sólo se tratara de un crío.

Pero a diferencia de Shoujodajama, él no era ningún asesino. Quizás era un poco mezquino y manipulador, pero aún conservaba algo del sentido de justicia que su padre le había inculcado.

Una vez más aquella mujer purkstaniana lo estaba poniendo entre la espada y la pared. Si seguía permitiendo que Shua Lin correteara por los pasillos a placer, tendría que garantizar que lo hacía bajo un estricto control. Era la única manera de que el consejo dejara de atormentarlo. ¿Pero qué podía hacer?

Se había puesto en pie cuando las puertas del cuarto se deslizaron hacia los marcos y una sombra salió disparada chocando contra su estómago. Del impacto la pequeña figura tropezó con la mesa baja donde reposaba la piedra llena de tinta. En cuestión de segundos los valiosos papeles, incluido su último pictograma, se mancharon de tinta.

Tokuhiro reconoció de inmediato al niño de carita redonda que se frotaba el trasero con el cual había amortiguado la caída. Ambos se contemplaron con una mezcla de curiosidad y desafío.

Ante la perplejidad de los presentes, Shua Lin asomó su cabecita con timidez. Detrás de ella fueron llegando sus nuevas doncellas, resollando. Habían intentado detenerlos por todos los medios -¡por la diosa Jishan que así era!- pero al llegar al Pabellón de Peonías los dos habían desaparecido. Hasta que sus risas desvelaron su escondite detrás de un voluminoso panel de madera. La pareja salió corriendo en dirección a la Sala de la Armonía, donde el Gran Washna solía realizar sus ejercicios de caligrafía.

Cuando levantaron la vista hacia su Alteza, sus rostros palidecieron y se arrojaron al suelo como pétalos marchitos presas del pánico implorando su perdón. Shua Lin trató de calmar a las chiquillas apoyando su mano cálida en cada uno de sus hombros. Pero eso no bastó para calmar la tormenta que se había desatado en su interior.

Había planeado aquel encuentro de mil formas distintas, pero jamás lo imaginó tan desafortunado. Fuera como fuere, ya no había vuelta atrás.

- Gran Vashna, os presento al príncipe Kiba, vuestro hermano.

El público dio un respingo y guardó un incómodo silencio a la espera de una resolución ante tal muestra de imprudencia y falta de sensibilidad.

El rey se esforzó por encontrar en su rostro mofletudo un mínimo indicio de conspiración pero la franca mirada del niño -de un gris luminoso- lo desarmó por completo.

- Devuélvelo al harén de inmediato.- replicó con frialdad y dándole la espalda trató de concluir el espinoso asunto.

El pequeño Kiba lanzó una mirada suplicante a Shua Lin y ella le tomó de los hombros atrayéndolo hacia su regazo protectoramente.

- Mi Señor, yo misma me haré responsable de él, os ruego que le permitáis alojarse en nuestro pabellón.

Los ojos rasgados de Tokuhiko se le clavaron como dagas afiladas pero ella se irguió con determinación. Jamás permitiría que volvieran a encerrar a Kiba, como si se tratara de un criminal.

- Responsable, dices. ¿Y se puede saber quién te ha otorgado ese poder?

- Disculpad mi osadía, su Alteza, pero se trata de vuestro hermano. Por sus venas corre la misma sangre que la vuestra. No permitáis que vuestros súbditos os tomen por un rey inclemente.

-¿Quién te has creído que eres para juzgar la clemencia de *tu rey*?- Aunque había modulado su voz para no mostrar enojo, todos advirtieron la fiereza que encerraban sus palabras.

El cortejo desapareció a un discreto gesto de Shua Lin. Les disgustaba perderse el espectáculo pero era preferible no estar allí cuando Tokuhiko desahogara toda su ira.

Kiba bajó la vista a sus zapatillas bordadas, claramente avergonzado por la escena.

Desde que tenía uso de razón sentía que su nacimiento obedecía a un error de la naturaleza. O tal vez fuera una broma pesada entre dioses. Ni siquiera el cariño de las mujeres del harén había conseguido borrar aquel sentimiento. A sus nueve años, seguían sentándole en sus rodillas mientras le recordaban una y otra vez su triste destino. Hasta que Shua Lin llegó al serrallo. Las mujeres solían matar el aburrimiento montando fiestas de cuando en cuando y ese día las encontró envolviendo con sus sedas a los eunucos y sacándolos a bailar. Amparada en el anonimato al no haber anunciado su visita, Shua Lin descubrió a Kiba en medio de la vorágine, vestido de niña y con las mejillas tiznadas con pigmento rojizo. Dos chicas jóvenes lo zarandeaban como si se disputaran un premio.

Horrorizada, la Gran Tavanna las espantó arruinando el ambiente festivo y le limpió los restos de maquillaje con el extremo de una de sus mangas, ante la mirada atenta de las mujeres. Los eunucos, al murmurar su nombre alertaron al resto y un silencio sepulcral invadió la estancia.

- ¿No eres un poco mayor para jugar con muñecas?- le preguntó desconcertada de que un muchacho tan mayor accediera a ese tipo de burlas.

Aquello le hizo enrojecer. Por supuesto que le disgustaba ser tratado como un juguete, pero le habían enseñado a resignarse. ¿Qué otra cosa podía hacer?

- Acompaña a tu reina a dar un paseo por el Jardín de Glicinas.- le propuso recuperando su habitual tono de posición privilegiada.- Te hará bien tomar algo de aire fresco.

Kiba aceptó la invitación sin vacilar. Era la primera vez que alguien no sentía lástima por él. Y aquello lo fascinó.

Las visitas se repitieron durante varios días. Shua Lin se relajaba en compañía de Kiba, quien en su afán por entretener a su nueva amiga, descubrió su desconocida a la par que utilísima faceta como narrador de historias. A cambio ella le permitía que la acompañara de vez en cuando fuera del harén, como un cortesano más.

Ambos se sentían como pájaros encerrados en jaulas de oro. Y compartir el mismo destino estrechó sus lazos.

Poseedor de una gran intuición, Tokuhiko supo leer aquella necesidad de compañía al instante. Sólo necesitaba echar un vistazo a la forma en que Shua Lin apretaba sus dedos sobre los hombros del niño atrayéndolo hacia su regazo. Como si aquel simple gesto le insuflara el coraje suficiente para enfrentarse a él.

Por otro lado era comprensible. Desde el principio se había desentendido de ella por completo. Ignorándola había permitido que aquella muchacha insolente reuniera el valor necesario para ponerse en su contra y así reclamar su atención. Pero si le perdía el respeto en público, sus opositores lo entenderían como un signo de debilidad. Era de máxima prioridad recuperar el control de la situación.

Contempló a su hermanastro. A pesar de su aspecto lozano, también estaba hambriento de aceptación y cariño, dos cualidades que podían convertirse en una gran ventaja a la hora de vetarle el camino al trono.

Sí. Pensándolo mejor, quizás no era tan mala idea que Kiba estuviera de su lado. Pero si accedía a que formara parte de la familia real, debía solucionar el desagradable asunto de la sucesión. Concebir un heredero sería el obstáculo definitivo para cerrarle el paso al mocoso y privar a sus enemigos de un buen motivo para destronarlo.

- Príncipe Kiba ¿tanto te disgusta vivir en el serrallo? Conozco a miles de personas fuera de estas murallas que estarían dispuestos a intercambiar su vida por la tuya sin dudar.

Kiba bajó la cabeza claramente avergonzado.

- El Gran Vashna tiene problemas mucho más urgentes que atender. Estamos a punto de iniciar una guerra mientras tú correteas por ahí como si nada de esto te afectara. Pero los asuntos del estado son algo muy serio. Probablemente tu juventud te impida entenderlo.

Había utilizado a propósito un tono paternal que subrayaba su autoridad. Pero aquello no detuvo a Kiba.

- Sólo deseo serviros, hermano. Permitidme acompañaros y no tendréis que preocuparos por mí. Desde el serrallo no podré ayudaros.- le rogó.

Tokuhiko se mesó el mentón, fingiendo estudiar la situación. En el fondo era divertido verlo tan angustiado. Tener el control de la situación era fundamental y el miedo era el ingrediente perfecto para la manipulación.

- Una decisión así no debe tomarse a la ligera. Meditaré sobre esta cuestión y en unos días obtendrás tu respuesta. Mientras tanto tu lugar seguirá siendo el serrallo. Ya puedes irte.

Kiba tironeó de la manga de Shua Lin a modo de despedida y salió cabizbajo dejándolos a solas. Al menos no le había respondido con una negativa rotunda lo cual significaba un pequeño atisbo de esperanza.

Tokuhiko contempló el rostro radiante de la Gran Tavanna. Parecía feliz de haber logrado su propósito una vez más. Le irritaba verla tan tranquila y segura de sí misma.

- Shua Lin.

La joven tragó saliva. Hasta ahora nunca la había llamado por su nombre de pila.

- El Gran Vashna necesita a su lado a una reina competente y leal. Tus juegos y rebeldías no traen más que vergüenza y deshonor al trono de Sazuku. Empieza a asumir cuál es tu función aquí y actúa en consecuencia.

Después se acercó a ella lentamente. Shua Lin no recordaba que Tokuhiko fuera tan alto y parpadeó varias veces incapaz de mantener por más tiempo su mirada. Con la excusa de componer una arruga imaginaria en uno de sus pliegues cerca de su hombro, acercó sus labios a su oreja acariciándola con su aliento.

- Tal vez es culpa mía por no haber dedicado más tiempo a resolver nuestras diferencias, pero muy pronto aclararemos ese asunto en el lugar apropiado.- susurró.

Aquellas palabras la atravesaron como agujas y borrarón de un plumazo su expresión confiada. Los ojos rasgados del Gran Vashna se entrecerraron y una sonrisa diabólica cruzó su rostro pálido, marcando en su mejilla un hoyuelo de satisfacción.



Algunos días más tarde se celebró una pomposa ceremonia en honor a los reyes y cuyo fin era el de preparar y bendecir el lecho nupcial. En otras palabras, la ceremonia era un simple argumento para que el Gran Vashna y la Gran Tavanna concibieran aquella noche a su futuro vástago. La iniciativa de Tokuhiro supuso un alivio para los consejeros, que ya daban por perdida su batalla para hacerle entrar en razón en aquellas cuestiones.

Durante el banquete Shua Lin fue conducida a los aposentos reales, donde la desvistieron y prepararon según las rigurosas normas de Sazuku. Las sirvientas iban y venían en una parsimonia ensayada mientras la protagonista bebía un brebaje de hierbas especiales que supuestamente la ayudarían a quedarse embarazada. La sirvienta que la peinaba en ese momento le susurró algo al oído y Shua Lin se ruborizó hasta las orejas. Un coro de risitas se propagó por todo el dormitorio. De repente uno de los intendentes las acalló anunciando la llegada del Gran Vashna.

La encontró sentada en el borde de la cama. Le habían dejado envuelta en telas púrpura que realzaba su piel oscura. Su cabello trenzado caía sobre uno de sus hombros y sus dedos jugueteaban nerviosamente con los adornos de plata que lo adornaban. Sus rodillas vibraban al ritmo de su corazón agitado. En sus ojos vidriosos no había ni rastro de la determinación que la había guiado semanas antes. Parecía como si el más leve murmullo pudiera hacerla estallar como un frágil cristal.

Tokuhiro esbozó su particular sonrisa de autosuficiencia. Por fin había derribado la fortaleza de confianza que tanto detestaba. La sujetó de los antebrazos, con la ferocidad de una animal de presa y la sometió bajo un beso rudo. Dominada por el pánico, la joven se debatió intentando disuadirlo. Pero logró el efecto contrario y Tokuhiro la empujó sobre el lecho con los codos pegados al costado.

- Deja de resistirte, es hora de que cumplas con tu deber. Para esto fuiste elegida como Gran Tavanna. Pero no tiene porqué ser desagradable.

Hasta entonces Tokuhiro no había mostrado ningún tipo de interés más allá de lo estrictamente protocolario. Recordó los consejos de su madre antes de partir. Sólo tenía que cerrar los ojos y en unos minutos todo habría acabado. Así funcionaba con todos los hombres. Al igual que sus antecesoras, la reina de Purkstan había sido casada por obligación y gozaba de amplia experiencia en el tema. Debía hacer un esfuerzo, por su pueblo y por su familia. Recordó que no era la única que se había sacrificado a cambio del bien de su reino. Con un poco de suerte -y con ayuda de la pócima medicinal que había tomado- concebiría a su hijo aquella misma noche y no habría necesidad de más ceremonias de concepción.

Alentada por aquella perspectiva dejó de forcejear y apoyó la mejilla en la seda fría exponiendo su cuerpo desnudo con la timidez de una novicia entregada en sacrificio. Tokuhiro se abalanzó sobre ella. Era el momento de castigarla por su insubordinación y restituirla a su legítimo puesto inferior. El mero pensamiento de forzarla lo desbordó de excitación. Shua Lin se mordió los labios tragando sus gritos.

Horas más tarde el Gran Vashna abandonaba el lecho para dirigirse al suyo. Las doncellas entraron con sigilo y encontraron a su reina agazapada debajo de las colchas.

Ninguna se atrevió a perturbarla hasta el amanecer, cuando ella misma requirió ayuda para vestirse.

A partir de entonces un aura de solemnidad pareció envolverla allá donde iba. Shua Lin descubrió el poder que residía en la parquedad de palabras y durante las apariciones en público se esmeró en mostrar su lado más discreto. Esto incluía su relación con el Gran Vashna, al que no dirigía palabra o mirada alguna si no era directamente interrogada por él. Oficialmente se había convertido en la Gran Tavanna que todos esperaban y aquellos que habían dudado de sus capacidades comenzaron a respetarla. Shua Lin determinó que si aquel destino iba a acompañarla hasta la muerte, entonces se esforzaría en convertirse en la mejor reina que había existido en Kamatsu. Una reina imprescindible y leal -y no un fantasma del pasado- en la que Tokuhira depositara toda su confianza.



Una mañana, cuando todas las hojas caídas se cubrían de un manto helado, Shua Lin recibió la visita inesperada de su hermano Bheun Kha, que la saludó con un afectuoso abrazo delante de sus alarmadas doncellas. El comandante jefe de la sección oeste era un hombre muy popular a causa de su predilección por saltarse las normas de la corte con frecuencia.

- Hermanita, ¡qué pálida estás!

Tomó sus mejillas apagadas entre sus manos callosas y le afligió la sumisión que leyó en sus enormes ojos azules, antaño radiantes de entusiasmo. ¿Desde cuándo la luz de su hermana se había apagado como una llama casi extinta? ¿Acaso su esposo no la atendía como debiera?

- Estoy bien, mi querido Bheun Kha.- le tranquilizó haciendo un grave esfuerzo por permanecer serena. De toda su familia, él era quien mejor la conocía y temía que malinterpretara su desánimo.- ¿Qué te trae por aquí?

El rostro cuadrado de su hermano se endureció visiblemente.

- Traigo malas noticias, Gran Tavanna. Yeung Ni ha sido capturado como rehén durante el concilio de Pesshara.

¡Su hermano mayor capturado por el enemigo! Shua Lin sintió que el peso de sus ropas se triplicaba y sus piernas temblaban.

Tres meses antes, después de celebrar los esponsales, una comitiva encabezada por los comandantes Kurangi y Yeung Ni había partido hacia la frontera oeste de Purkstan, donde habían sido recibidos por el mismísimo emperador en la ciudad de Pesshara. Disfrazados con promesas de paz, su verdadero objetivo era conocer a su enemigo y provocar la guerra. Pero ignoraban que la presencia del príncipe purkstaniano había sido algo más que una simple formalidad; en realidad era la moneda de cambio que aseguraba salir con éxito de tan peligrosa empresa. De ahí que todos habían conseguido regresar sanos y salvos. A excepción de Yeung Ni.

La Gran Tavanna tomó asiento en una silla cercana. ¿Cuántos sacrificios más reclamaría el Gran Vashna a su familia hasta quedar satisfecho? Lanzó una mirada heladora a su alrededor que sus doncellas interpretaron al instante. En cuestión de segundos salieron de la sala dejándolos a solas.

- Beung Kha, por los lazos de sangre que nos unen, te ruego que me cuentes todo lo que sabes.- imploró con un nudo en la garganta.

Su hermano se sentó a su lado entrelazando sus dedos temblorosos y le contó que había recibido una misiva de tablillas enviada por el propio Yeung Ni. En ella informaba de los hechos que le retenían en Pesshara y subrayaba el trato cordial que le dispensaba el enemigo.

- Lamento no haber ido yo en su lugar, pero conoces bien el odio que me profesa ese Kurangi del demonio desde que entré al servicio del Gran Vashna. ¡No me soporta! Ese hombre actúa como una zorra celosa de su cachorro.

Ella asintió dándole la razón. El brazo derecho de Tokuhiro también parecía experimentar un odio irracional hacia ella especialmente cuando la veía al lado de su esposo. Los dos jóvenes habían compartido toda su infancia pero Kurangi estuvo un largo tiempo alejado de Tokuhiro, hasta que éste fue nuevamente nombrado príncipe sucesor y más adelante Gran Vashna. Shua Lin había descubierto recientemente que dicha separación se solapaba con la desaparición de la hermana de Tokuhiro, lo que le había llevado a sospechar que ambos hechos estaban relacionados de alguna forma. Se preguntó si Kurangi habría tenido algo que ver con la detención de Yeung Ni. El mero hecho de suponerlo le hacía enfurecer.

- Hablaré con el Gran Vashna. Quizás pueda mediar...

- Hermana, es inútil dialogar con el enemigo. Esos bárbaros están sedientos de poder. Es hora de que nos armemos para la Guerra. Debes ser fuerte y confiar en tu rey. Jamás nos someteremos bajo la sombra del Imperio Invasor.

Bheun Kha había entrado a formar parte del ejército a edad muy temprana y por ello era un firme defensor de los intereses de Kamatsu, que unido a su carácter temperamental, lo convertía en un comandante enérgico y carismático.

La joven asintió recuperando el autocontrol que semanas antes había esgrimido para afrontar su día a día. Tal vez aquella guerra deleznable e inoportuna le daría la ocasión de demostrar a todo el mundo que podía llegar a ser una reina muy capaz.

En ese instante anheló que el pequeño Kiba estuviera allí para distraerla con una de sus fábulas. Pero aquél era un capricho que todavía no podía permitirse. Debía ser paciente y esperar la resolución de Tokuhiro, que aún no había hecho pública. Si mostraba ansiedad temía que Kiba jamás saliera del serrallo y entonces no tendría ninguna excusa para poder visitarlo. En cambio se tuvo que conformar con escuchar las andanzas de su rebelde hermano con los soldados que tenía a su cargo. Un tema lo suficientemente entretenido como para olvidarse de sus propias preocupaciones.



En otra sala contigua, Tokuhiro recibía en privado a su más leal comandante, que le acababa de confiar un hecho tan insólito como extraordinario. Con un grave esfuerzo ocultó las emociones que removieron sus entrañas bajo una expresión de fingido desinterés.

- ¿Estás completamente seguro de lo que afirmas?

- Sin lugar a dudas, excelentísima Alteza, se trataba de vuestra hermana.

Tokuhiro se levantó con ira. La princesa Togamaru, su propia hermana, aliada del enemigo invasor. Era absurdo.

- ¿Qué más te dijo? Si me ocultas algo jamás te lo perdonaré.

Kurangi eligió bien sus palabras antes de proseguir.

- Preguntó por su padre. Y también preguntó por su hermano. Pero me negué a saciar su curiosidad por precaución. Además trató de convencernos de la supremacía del emperador. Nos sugirió que nos olvidáramos de la región de Hayat y del resto de ciudades fronterizas.

- Maru... mi pobre hermana extorsionada por el enemigo.- murmuró conmovido.

- Vuestra Alteza, *ella* ocupa un lugar importante en la corte. Me temo que ya no es la persona que conocíais.

El Gran Vashna comenzó a murmurar con las manos en la cabeza completamente fuera de sí y Kurangi procedió a retirarse.

¿Qué pensaría cuando la viera, ridículamente disfrazada con ropas masculinas? Seguramente la rechazaría de inmediato. Tokuhiko jamás toleraba una traición y Maru había cometido la peor de todas: se había aliado con el enemigo. Pero ¿cómo demonios se había ganado la confianza del mismísimo emperador? ¿Tendrían una relación? Una carcajada retumbó en su garganta.

“¿Te crees muy lista, Togamaru!”, pensó para sus adentros.

Si ella estaba bajo la protección de Orasias, sería singularmente fácil sembrar la duda en el corazón del Gran Vashna. Sonrió maquiavélicamente. La estúpida de Maru le había presentado en bandeja de plata la oportunidad perfecta para que Hiro la olvidara.



Shua Lin entró a hurtadillas en la alcoba de su esposo. El destino que le aguardaba a su hermano en la inhóspita tierra de Orabia la mantenía en vilo y era preferible someterse a la ira de Tokuhiko antes que enfrentarse a otra noche interminable de insomnio.

Sabía que la recibiría; había tenido tiempo para aprender acerca de las necesidades de los hombres. De día era víctima de un sutil menosprecio constante, pero algunas noches cuando lo visitaba, él fingía que su esposa le importaba y eso le bastaba para mantener la esperanza de que algún día el corazón de Tokuhiko sería sólo para ella.

Aquella noche Tokuhiko tampoco podía dormir. Las noticias sobre su hermana habían avivado los recuerdos del pasado, hasta el punto de no ser capaz de discernir si alguna vez fueron reales o habían sido un sueño. Pensar que existía una remota posibilidad de enfrentarse a ella cara a cara lo aterrorizaba. ¿Qué aspecto tendría? ¿Le reprocharía por no haberla encontrado antes? ¿Y si le rechazaba? Eso nunca, se dijo. Estaba convencido de que Maru seguía amándole igual que ella estaba presente en sus pensamientos desde el día en que se fue.

La entrada de Shua Lin lo pilló con la guardia baja y ante su vaga oposición, ella clavó sus pies descalzos con firmeza. Si no le apetecía cumplir con sus obligaciones maritales al menos tenía derecho a exigirle algunas respuestas.

- Alteza, vuestra esposa desea saber cuándo enviaréis soldados al rescate de su hermano.

Su tono impertinente le irritó pero se contuvo de responder con acritud.

- Mañana el general Kurangi en persona os dará a conocer los detalles de la última expedición. Ahora regresad a vuestro dormitorio, mi Reina.

Su tono carente de afecto no disuadió a la joven.

- Necesitaréis de hombres leales y competentes. Yeung Ni era vuestro mayor estratega. ¿Cómo planeáis iniciar vuestra guerra sin su ayuda?

Tokuhiko alzó la mirada curiosa. ¿Desde cuándo a su esposa le interesaban los asuntos militares?

- El General Yeung Ni deseaba complacer a su rey. Él mismo ideó el plan de permanecer al otro lado de la frontera para que nuestros hombres pudieran volver sanos y a salvo.

Shua Lin apretó los puños con frustración. Todas aquellas semanas soportando su desprecio, esperando una mínima muestra de aprobación, tratando de ser quien no era, todo en vano. A través de aquel matrimonio, Purkstan se había convertido en poco más que una provincia de Kamatsu, una herramienta más de guerra que jamás recuperaría su libertad y autonomía.

- Después de todo lo que mi reino ha hecho por Kamatsu. ¿Cómo os atrevéis a darle la espalda?

Tokuhiro se puso en pie, amenazante. Ya había escuchado bastante.

- Lo que tú llamas “reino” es una ramera traidora que ante la mínima oportunidad se abrió de piernas al enemigo. Estás aquí para limpiar el nombre de tu pueblo dando a luz al futuro heredero de Kamatsu.

Sus ojos cristalinos se inundaron de lágrimas en mitad de un rostro descompuesto por el dolor. Si pudiera deshacerse de su rabia como de un tumor, ella misma se lo habría extirpado con un cuchillo.

- ¿Qué os he hecho yo para que me odiéis tanto? ¿Acaso os hace feliz verme sufrir? ¿Creéis que he venido a este mundo para soportar vuestro odio y vuestro rencor?

- ¡Callaos!- replicó lanzándola contra una de las columnas del lecho.

- No os pido que me améis, bastante bien sé que en vuestro corazón no hay lugar para mí, pero al menos dejad de tratarme como si fuera una enemiga. Soy vuestra esposa y siempre estaré de vuestro lado, ¿por qué no queréis entenderlo?

Tokuhiro la miró desorientado. Su vista comenzó a nublarse y sus oídos se taponaron como si lo hubieran sumergido en un pozo. De repente la voz de Maru resonó diáfana en algún rincón de su mente perturbada y algo en su corazón se quebró. Frente a él había aparecido su hermana tal y como la recordaba, joven y risueña.

“Siempre estaré a tu lado, Hiro.”, le susurró acurrucándose en su cuello.

“¿Eres tú, Maru?”. La calidez de su piel, su aliento, todo era tan real que debía estar soñando.

“Sólo por esta noche”, le dijo ella sellando su promesa con un beso. Él la arrastró al suelo posesivamente, como si temiera que su cuerpo menudo se desvaneciera en cualquier instante.

“Sólo por esta noche, seré tu Maru”, se dijo Shua Lin.

Y fue una experiencia tan maravillosa el sentirse amada que no pudo evitar llorar ante la certeza de que aquella sería la primera y la última vez.